

## Tomado de: DICCIONARIO FILOSÓFICO Voltaire

**SALOMÓN.** Hubo muchos reyes que escribieron libros. El rey de Prusia, Federico el Grande, es el último ejemplo de monarca autor. Creo que es difícil que le imiten porque no es fácil que se encuentren otros soberanos alemanes que compongan versos franceses y escriban la historia de su patria. Jacobo I de Inglaterra y Enrique VIII escribieron también, en España, para encontrar un rey literato es preciso remontarse hasta Alfonso X, llamado el Sabio, que escribió las Siete partidas. Francia no puede vanagloriarse de haber tenido un rey de esta clase. El imperio de Alemania no tiene ningún libro de autor dinástico. En cambio, el Imperio romano lo glorifican los libros de César, Marco Aurelio y Juliano. Entre los reyes de Asia hay muchos escritores, y de ellos destaca por ser un gran poeta el emperador de China, Kien-long. Pero Salomón sobrepasa en fama a dicho emperador.

El nombre de Salomón siempre tuvo enorme resonancia en Oriente. Las obras que se le atribuyen, los anales de los judíos y las leyendas de los árabes, extendieron su reputación hasta la India. Su reinado fue, sin duda, la gran época de los hebreos. Fue el tercer rey de Palestina. El primer libro de los Reyes dice que su madre Betsabé logró de David que coronara a su hijo Salomón en vez de su primogénito Adonías, No debe sorprendernos que la mujer que fue cómplice de la muerte de su primer esposo tuviera suficiente habilidad para hacer coronar al fruto de su adulterio y conseguir que quedara desheredado el hijo legítimo, que además era el primogénito.

Es desconcertante que el profeta Natán, que reprochó a David el adulterio, el asesinato de Uriás y el matrimonio que siguió al asesinato, ayudara después a Betsabé a colocar en el trono a Salomón. Esta conducta humanamente hablando, demuestra que el profeta Natán, según los tiempos y circunstancias, tenía dos pesos y dos medidas. El citado libro no dice que Natán recibiera una misión especial de Dios para desheredar a Adonías, y si la tuvo debemos respetarla, pero no podemos admitir más que lo que consta en dicho libro.

Teológicamente, aún se debate si Salomón tuvo más fama por su riqueza, por sus mujeres o por sus libros. Me aflige que Salomón iniciara su reinado a lo turco, esto es, degollando a su hermano.

Adonías pidió a Salomón por toda merced que le permitiera casarse con Abigail, joven doncella que entregaron a David para recalentar su vejez. La Escritura no dice que Salomón disputara a Adonías la concubina de su padre, pero sí afirma que, al oír la petición de Adonías, le hizo asesinar. Sin duda Dios, aunque le dio el don de la sabiduría, le negó el de la continencia.

En el libro de los Reyes se lee que era dueño de un inmenso reino que se extendía desde el Éufrates hasta el mar Rojo y el Mediterráneo, pero también dice que el rey de Egipto había conquistado el país de Gazer en Canaán, y lo dio en dote a su hija, que suponen se casó con Salomón asegura también el mismo libro que en Damasco había un rey y que los reinos de Sidón y de Tiro eran poderosos. Rodeado de estados fuertes, indudablemente dio pruebas de sabiduría viviendo en paz con ellos. La abundancia que enriqueció su país sólo podía ser resultado de su profunda sabiduría, porque en la época de Saúl no había un solo operario que trabajara el hierro en su país. Ya hemos dicho que los incrédulos no creen posible que David, sucesor de Saúl, a quien vencieron los filisteos, durante su reinado pudiera fundar tan vasto imperio.

Pero más debe asombrarnos el tesoro que legó a Salomón, que ascendía a ciento tres mil talentos de oro y a un millón trece mil talentos de plata. El talento de oro hebreo equivale a seis mil libras esterlinas, según el cálculo de Arbuthnot, y el talento de plata a unas quinientas. La suma total de lo legado en metálico, sin contar las piedras preciosas y otros efectos, ni las rentas que debe producir semejante tesoro, ascendía según el cálculo anterior, a mil ciento diecinueve millones quinientas mil libras esterlinas, o sea cinco mil quinientos noventa y siete millones de escudos en Alemania o a veinticinco mil seiscientos cuarenta y ocho millones de moneda francesa. No había entonces tanta moneda en circulación en el mundo entero. Otros eruditos han valorado ese tesoro en una cantidad más baja, pero de todos modos sigue siendo excesiva para Palestina.

Sabiendo esto no se llega a comprender por qué Salomón enviaba sus flotas al país de Ofir para que le trajeran oro. Menos se entiende todavía que un monarca tan poderoso no tuviera en sus vastos estados un hombre que pudiera trabajar la madera de los árboles del Líbano, y se viera en la necesidad de pedir a Hieram, rey de Tiro, forjadores y carpinteros. Debemos confesar que estas contradicciones obligan a los comentaristas a fantasear y a aguzar el ingenio. Diariamente, en la comida y cena de su palacio se consumían cincuenta bueyes, cien corderos y aves en cantidad proporcional, pudiendo calcularse que se comían cada día sesenta mil libras de carne. Añádase que tenía cuarenta mil cuadras y otros tantos cobertizos para encerrar sus carros de guerra y que sólo para su caballería necesitaba doce mil cuadras. Salta a la vista que tal cantidad de carros era excesiva para un país montañoso, y colosal tal aparato bélico para un rey cuyo predecesor sólo tenía una mula cuando le coronaron, y para un territorio donde no se crían más que asnos.

No les pareció lógico que un príncipe que podía disponer de tantos carros se limitara a tener un número insignificante de mujeres, y dicen que tenía setecientas que se titulaban reinas; en cambio, es extraño que no dispusiera más que de trescientas concubinas, al contrario de los demás reyes que por regla general tienen más amantes que esposas.

Sin duda, mantenía cuatrocientos doce mil caballos para pasear por las riberas del lago de Genezaret, por Sodoma o hacia el torrente de Cedrón, que sería uno de los lugares más deliciosos del mundo si no estuviera seco nueve meses al año y el terreno no fuera pedregoso.

En cuanto al templo que hizo edificar y que los judíos tenían por la obra más hermosa del universo, si Bramante, Miguel Ángel y Palladio lo hubieran visto no lo habrían admirado. Era una especie de fortaleza cuadrada que encerraba un patio, en donde se levantaban un edificio de cuarenta pies de altura y otro de veinte; de este segundo edificio solamente se dice que era el templo, oráculo y santuario, tenía veinte codos, tanto de ancho como de largo, y veinte de altura. Al arquitecto Soufflot no le hubieran satisfecho estas proporciones y cualquier otro arquitecto de Europa consideraría esa fábrica como un monumento de bárbaros.

Los libros atribuidos a Salomón han durado más que su templo; el nombre de su autor los hizo respetables y deberían ser buenos porque los escribió un rey, un rey que tuvo fama de ser el más sabio de los hombres.

La primera obra que le atribuyen es el libro de los Proverbios, colección de máximas que a nosotros, que hemos llegado a más refinada civilización, nos parecen a veces incoherentes,

triviales, de mal gusto y sin objeto. Cuesta convencernos que un rey sabio compusiera una serie de sentencias sin ninguna que se refiera a la manera de gobernar, a la política, a las costumbres de los cortesanos, ni a las de la época. Nos extraña encontrar capítulos enteros en que sólo se habla de rabizas que invitan a los que pasan por las calles a refocilarse con ellas.

Hay autores que censuran acerbamente sentencias como estas: «Tres cosas hay insaciables, o más bien cuatro, que jamás dicen basta. El sepulcro, la matriz de la estéril o la lasciva, la tierra que nunca se sacia de agua, y el fuego, que nunca dice basta.» (Proverbios, cap. 30, 15-16).

«Tres cosas me son difíciles de comprender, o más bien cuatro, que ignoro totalmente: El rastro del águila en la atmósfera, el rastro de la culebra sobre la peña, el rastro de la nave en alta mar y el rastro del hombre en una moza» (Proverbios, 30, 18-19).

«Cuatro cosas hay de las más pequeñas sobre la tierra, las cuales superan en saber a los sabios: las hormigas, ese pueblo debilísimo que en tiempo de las mieses se provee de víveres; los conejos, tímidos animales que excavan su madriguera entre las peñas; las langostas, que sin tener rey se mueven ordenadamente en escuadrones, y el estelión, que trepa con sus pies y se aposenta en los palacios de los reyes» (Proverbios cap. 30, 24 al 28 inclusive).

A un gran rey, el más sabio de los hombres —según los referidos críticos— ¿deben atribuirse semejantes niñerías?

El libro de los Proverbios se ha atribuido a Isaías, Elzia Sobna Eliacín, Joacae y a otros, pero sea quien fuere el que haya compilado esa colección de sentencias orientales, no parece que sea un rey el que tomara ese trabajo, pues no hubiera dicho que «el terror del rey es como el rugido del león», porque de esa forma sólo habla el vasallo o esclavo al que hace temblar la cólera de su señor. ¿Hubiera dicho Salomón: «No mires el vino cuando bermejea, cuando resalta su color en el vidrio...»? (Proverbios, 23, 31).

Dudo que hubiera vasos de vidrio para beber en la época de Salomón, porque esa invención fue más reciente; los antiguos bebían con tazones de madera o metal y basta ese solo pasaje para comprender que esa colección de máximas se escribió en Alejandría, como otros muchos libros hebreos.

El Eclesiastés, que también se atribuye a Salomón, es obra de mayor enjundia y diferente gusto, y el que habla en dicha obra parece persona desengañada de las vanidades de la grandeza, cansada de los placeres y disgustada de la ciencia. El autor debe ser un epicúreo pues repite en todas las páginas que el justo y el impío están sujetos a los mismos lances que el hombre no es superior a la bestia, que es preferible no haber nacido a existir, que no existe la vida futura y que no hay otra cosa buena y razonable que disfrutar tranquilamente del producto de nuestro trabajo con la mujer que se ama.

Puede muy bien que Salomón hablara de ese modo ante algunas de sus mujeres; algunos creen que esas ideas son objeciones que se hace a sí mismo. Pero esas máximas, de cierto sabor libertino, no parecen ser objeciones y es querer burlarse de todo el mundo interpretar a un autor para que diga lo contrario de lo que dice. Opinan otros que el autor es un materialista sensual y escéptico al mismo tiempo, que trató de poner en el último versículo

una palabra edificante respecto a Dios con el fin de mitigar el escándalo que semejante libro debía producir. Por otro lado, muchos padres aseguran que Salomón hizo penitencia, por tanto debemos perdonarle.

A algunos les cuesta convencerse de que ese libro sea de Salomón, Grocio opina que lo escribió Zorobabel. No es verosímil que Salomón dijera: « ¡Ay del país que tiene un rey niño! », porque los judíos no habían tenido aún reyes de esa edad. Tampoco es lógico que dijera: «He contemplado el rostro del rey». Es más verosímil que el autor quisiera hacer hablar a Salomón y que sufriendo cierta alienación del juicio, que descubren algunos rabinos olvidara en el texto que se hacía hablar a un rey.

Los referidos críticos muestran extrañeza que se haya incluido dicho libro entre los canónicos. Si se hubieran de establecer los libros de la Biblia —dicen— no incluirían el Eclesiastés, pero se incluyeron en una época en que los libros eran raros y más respetados que leídos. Todo lo que puede hacerse hoy es mitigar cuanto sea posible el epicureísmo que reina en dicha obra.

El Cantar de los Cantares también se atribuye a Salomón porque su nombre se halla en dos o tres partes, porque el amante dice a la amada que es hermosa como las pieles de Salomón y porque el amante dice que ella es negra, por lo que han creído que Salomón citaba, con este adjetivo, a su mujer egipcia.

Estas tres razones no han convencido a los críticos, que las rebaten de este modo:

1) Cuando la amada, hablando a su amante, dice: «El rey me ha llevado a la cámara del vino», indudablemente no alude al amante; luego el rey no era tal, sino el rey del festín, el señor de la casa de quien estaba hablando, y esa hebrea está tan lejos de ser la amante de un monarca que durante toda la obra no es más que una pastora, una campesina, que va a buscar a su amante en los campos y por las calles.

2) Soy hermosa como las pieles de Salomón es la frase de una campesina que quiere decir: soy hermosa como los tapices del rey, y precisamente porque este rey es Salomón no debe haberla escrito en la obra, porque no hubiera hecho comparación más ridícula. «Veo al rey Salomón ciñéndose la corona con que su madre le coronó el día de sus desposorios», dice la amada. ¿Quién no reconoce en semejantes expresiones la comparación que hacen ordinariamente las hijas del pueblo cuando hablan de sus amantes? Suelen decir: Es hermoso como un príncipe, tiene aspecto de rey, etc.

3) La pastora dice que la ha curtido el sol y es morena. Luego, si era hija del rey de Egipto no podía tener ese color porque las egipcias son blancas, como era Cleopatra. En una palabra, esa pastora no podía ser al mismo tiempo campesina y reina.

Cabe que un monarca que tenía mil mujeres dijera a una de ellas: «Quiero recibir un beso de tu boca, porque tus pechos son mejores que el vino», ya que tanto un rey como un pastor, cuando se trata de recibir un beso en la boca, pueden expresarse del mismo modo. Ahora bien, es muy extraño que sostengan los comentaristas que la joven era la que hablaba elogiando los pechos de su amante.

También confiesan que un rey galante pudo decir a su amada: «Mi amada es como un ramillete de mirto que conservaré entre mis dos pechos». Y también: «Tu ombligo es como

una copa en la que siempre hay algo que beber, tu vientre es como una medida de trigo, tus senos son como dos cervatillos y tu nariz como la torre del monte Líbano». No puedo menos de declarar que las églogas de Virgilio están escritas en otro estilo, pero cada uno tiene el suyo y un hebreo no está obligado a escribir como Virgilio.

Los críticos desapruaban asimismo este rasgo de elocuencia oriental: «Tenemos una pequeña hermana que no tiene pechos: ¿qué haremos, pues, con ella el día que debemos hablarle de desposarla?» Y el esposo contesta: «Si es como un muro, edificuémosle encima baluartes de plata; si es como una puerta, reforcémosla con tablas de cedro».

Aunque demos por bueno que Salomón, el más sabio de los hombres hablara de ese modo estando de broma, hay muchos rabinos que no sólo afirman que Salomón no escribió esa égloga sensual, sino que ni siquiera es auténtica. Theodore de Mopsuete compartía esta opinión y el célebre Grocio califica el Cantar de los Cantares de la obra de un libertino. Con todo, es obra canónica y se considera como una alegoría perpetua del matrimonio de Jesucristo con la Iglesia. Debemos confesar que la alegoría es un tanto lasciva y no sabemos cómo interpretará la Iglesia al autor cuando dice que la pequeña hermana no tiene pechos.

Con todo, ese poema es un precioso fragmento de la Antigüedad y el único libro de amor que nos han legado los hebreos, una égloga judía que continuamente habla del goce. Tiene el mismo estilo que todas las obras de elocuencia de los hebreos, sin enlace, sin ilación, confusa, llena de repeticiones y ridículamente metafórica, pero hay algunos versículos impregnados de candidez y amor.

El libro de la Sabiduría tiene un talante más serio, pero tampoco es de Salomón. Algunos lo atribuyen a Jesús, hijo de Sirac, y otros a Pilón de Biblos. Cualquiera que sea su autor, se cree que en su época no existía aún el Pentateuco, porque en el capítulo X dice que Abraham quiso inmolar a Isaac en tiempos del diluvio y en otra parte habla del patriarca José creyéndole rey de Egipto. En el mismo capítulo se dice que existía aún en vida de su autor la estatua de sal en que se convirtió la mujer de Lot. Lo peor que encuentran los críticos es que este libro resulta un cúmulo tedioso de lugares comunes, pero deben considerar que tales obras no se escriben siguiendo las reglas vanas de la elocuencia, sino para moralizar y no para deleitar.

No faltan razones para columbrar que Salomón era rico y sabio con relación a su tiempo y a su pueblo. Mas la exageración, compañera inseparable de la ignorancia, le atribuyó riquezas que no pudo poseer y libros que no llegó a escribir. El respeto que nos inspira la Antigüedad consagró después esos errores.

Pero, ¿qué puede importarnos que un judío escribiera esos libros? La religión cristiana es el sincretismo de la judía, pero no está fundada en todos los libros que los judíos escribieron. ¿Por qué el Cantar de los Cantares, por ejemplo, ha de ser más sagrado para nosotros que las leyendas del Talmud? Se nos contesta que por estar incluido en el canon de los hebreos. ¿Y qué es ese canon? Una colección de obras autenticadas pero, ¿una obra por ser auténtica es divina? ¿La historia de los reyezuelos de Judá y de Siquén, por ejemplo, es algo más que una historia? He aquí un extraño prejuicio: despreciamos a los judíos y pretendemos. Sin embargo, que todo lo que escribieron y nosotros hemos recogido lleve impreso el sello de la divinidad. No hay contradicción mayor.